



CAPÍTULO XVII.

LA VELADA.



Alí está María de la Paz, empeñada en desenredar la madeja, hilada en la casa y curada al sol y al aire, que, extendida alrededor de las devanaderas de cañas, parece resuelta á que por el hilo se saque el ovillo. Mas á fuerza de paciencia, tira de aquí, tira de allí, consigue María de la Paz deshacer el enredo; las devanaderas dan unas cuantas vueltas sobre la barra de hierro que las sostienen, y de pronto vacilan, la hebra se resiste, y ya tenemos otra vez á Periquillo hecho fraile; vuelta á empezar; nuevo enredo y nuevo desenredo. El hilo de la madeja parece el hilo de la vida; apenas se desenreda, cuando vuelve á enredarse; pero en bue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

nas manos está el pandero, y quieras que no quieras, la madeja poco á poco va enflaqueciendo, y el ovillo engruesa en las manos de la Pacheca.

Sentada delante de su madre, junto á la mesa cuadrada que, cubierta con una manta de lana y enriquecida con diversos dibujos y variados colores, sostiene el gran velón sombreado por doble pantalla, se entretiene Nona en retorcer entre sus redondos dedos, formando cordoncillos, la urdimbre suelta de las toallas que aquella misma tarde han salido del telar para entrar al servicio de la familia.

Al otro lado de la mesa, Aurora, inclinada sobre un periódico de modas, de fecha atrasada, verdadera serpiente tentadora de todas las Evas del nuevo paraíso, y que le había prestado la *Jueza*, no precisamente la mujer del Juez, sino la hija, repasa los dibujos y los figurines que tiene delante con la atención de quien ve entreabiertas las puertas de un mundo soñado y desconocido.

D. Martín Cañizares se pasea de un extremo á otro de la habitación; tose con frecuencia y se suena las narices estrepitosamente, como si quisiera desahogar el pecho de impertinentes opresiones y descargar la cabeza de algún peso molesto.

También está allí Fermín, con los codos apoyados en la mesa, y, digámoslo así, con la cabeza sumergida entre las manos. No se sabe á ciencia cierta si duerme ó medita.

Por último: á respetuosa distancia, amparada por la sombra de una de las pantallas, se ve á Marta, sentada en una silla que no levanta medio palmo del suelo, con la rueca atravesada en la cinta del delantal, hila que te hila.

Sobre la mesa hay un tomo del *Año Cristiano*, cuya pasta gastada advierte que se abre con frecuencia, y junto al libro descansa un rosario de cuentas gordas, del que penden medallas milagrosas y cruces benditas.

—¡Ave María! (exclamó de pronto la Pacheca.) ¡Qué silencio tan triste! Parece que os han dado cañazo, y cualquiera diría que no pensáis cosa buena cuando no acertáis á decir ni una palabra.

Nona miró á su madre, como siempre, con la risa en los labios; Aurora arqueó la boca; Fermín abrió los ojos y los clavó en su tía; á Marta se le cayó el huso de las manos, y don Martín tosió con más violencia, se sonó con mayor ímpetu, y dijo:

—El demonio del robo de las alhajas no me deja ni á sol ni á sombra. Cuando lo pienso, se me oprime el alma, y cuantas más vueltas le

doy, más peso siento en la cabeza. Ya hace tres días que nos han deshonrado, y nada se descubre. Fermín, no hay que devanarse los sesos; el ladrón no es del pueblo; ni el mismo *Mindolo* se hubiese atrevido á robar á la Virgen.... ¿Pero de dónde nos ha venido este golpe?... Aquí es donde yo me tiro de los pelos.

—Y el caso es (añadió María de la Paz) que al señor Cura le va á costar la vida.

—¿Pues y el sacristán? (dijo Nona.) Se está quedando en los huesos. Esta mañana en Misa parecía una sombra.

Miró Fermín por algunos instantes á Aurora, que seguía absorta en la contemplación de los figurines; se dirigió luego á Nona, que bajó los ojos al sentir la mirada de su primo, y después dijo:

—He hablado extensamente con el Juez, y están bien apreciadas todas las circunstancias. El hecho se ha consumado con gran astucia, y la cacería, en que medio pueblo se hallaba en la sierra, ha sido la ocasión propicia: la cosa estaba muy de antemano preparada, pues hay por medio una llave misteriosa hecha *ad hoc*. Dios sabe dónde. Un solo ladrón ha penetrado en la sacristía, porque las huellas estampadas en el huerto responden á una misma medida.

—Hasta ahí ya estamos (replicó Cañizares),

y si no habéis descubierto más que eso, nuestro gozo en un pozo.

—Hay más: hay un testigo incapaz de mentir, del que al pronto no se ha hecho caso, y que indudablemente está en el secreto.

—¿Quién?—preguntaron todos.

—*Minerva*,—contestó Fermín.

—¡*Minerva!* ¡La perra del sacristán!....

—La misma.

—¿Y ha hablado?

—Como una cotorra.

—¡Jesús mil veces!.... (exclamó María de la Paz.) ¡Qué demonios ha podido decir la perra!

—*Minerva* es una alhaja. La hemos puesto en la calle por donde ha sido escalada la tapia, y ha hecho maravillas. Olfateó primero la pared por el sitio en que se encuentran las señales del escalamiento, empinándose como si quisiera trepar por el muro; luego, con el hocico pegado á la tierra, rastreó de un lado á otro. «Busca, *Minerva*, busca,» le decíamos nosotros; y el animal se deshacía yendo y viniendo. De repente se detuvo, oliendo con ansia, y como siguiendo el rastro, corrió á lo largo de la pared. Seguimosla, animándola con nuestras palabras; y después de muchas vueltas, perdiendo unas veces la pista, recobrándola de nuevo, nos llevó al fin delante de la puerta de una casa, aulló,

nos miró con ojos inteligentes, y se *plantó de muestra*.

—¿Y qué?—preguntó Cañizares.

—Nada: el Juez, el sacristán y yo nos miramos; ellos con asombro, y yo diciéndoles con aire triunfante: «Aquí está el nido.» Recogimos á *Minerva*, y nos volvimos sin hablar más palabra.

—¿La casa habrá sido registrada inmediatamente?

—No.

—¿Estarán ya presas las personas que la habitan?

—Tampoco.

—¡Demonio!... ¿Pues en qué estáis pensando?

—Calma, tío, calma; no hay que precipitar las cosas, que ellas vendrán por sus pasos contados. Estamos sobre la pista, y una imprudencia puede cerrarnos el camino. Aún nos queda que hacer con *Minerva* otra prueba, y esa será definitiva.

—Y la casa que dices, ¿está dentro del pueblo?

—Psh...—contestó Fermín.

—Vamos, ¿quién la habita?

—No puedo decirlo.

—¿Ni á mí!

—Á nadie.

—Bien hecho (dijo María de la Paz). No seas curioso. ¿Á qué meternos en las cosas de la justicia? Aurora levantó la cabeza, diciendo:

—Vamos á tener robo para muchos días. ¡Ya se ve!: aquí es una cosa extraordinaria, y, por lo que dice el primo, ya hablan de ella hasta los perros.

—Pues Dios quiera (dijo Nona) que se descubra, porque en la vida se ha visto una picardia más grande.

—Lo descubriremos, prima; yo te prometo que lo descubriremos; pero dice bien tu hermana; no se debe hablar tanto del asunto. Lo que yo he dicho es un secreto que ha de quedarse entre nosotros. Nadie se ha enterado de la revelación que nos ha hecho *Minerva*, y ella no ha de ir á contarlo.

—¿Lo oís? (exclamó Cañizares.) Punto en boca.

—Ahora los dejo á Vds.; tengo cita con el Juez; volveré pronto.

—Vuelve á la hora que quieras (le dijo su tía). *Chucho* te esperará al pie de la escalera hasta la consumación de los siglos.

Luego la campana de la iglesia sonó tristemente, y el eco fué de casa en casa, diciendo: «Las diez de la noche.» Era la hora en que se recogía la familia.

Detrás de la alcoba en que dormía el matrimonio se hallaban los cuartos de Aurora, Nona y Marta, que se comunicaban entre sí, y tenían salida al gran corredor de la casa. Marta era, si puedo decirlo así, aya de las dos hijas de Cañizares, y no se acostaba ninguna noche sin dejarlas en la cama, todo bien cerrado, muy bien tapadas y casi dormidas. Luego echaba tres bendiciones sobre cada una de ellas, y se recogía, moviendo los labios como quien reza, y todas las noches, antes de dejar caer la cabeza sobre la almohada, besaba el relicario pendiente de su cuello, y renovaba la promesa hecha á la difunta abuela de velar sin descanso por Aurora, pidiéndole á Dios de todas veras que la casara pronto con su primo, que haría de ella una santa.

Acabando María de la Paz de devanar una madeja, miró á su marido mientras tiraba del hilo, preguntándole:

—Dime, Martín, ahora que estamos solos: ¿qué casa será esa que Fermín nos ha dicho?

—Mira, mujer: ó yo vengo de arar, ó la casa no está en el pueblo.

—¿Te lo ha dicho tu sobrino?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo lo sabes?

—¡Ah, doña María, doña María!.... No es

tan ciego el que ve por tela de cedazo, y ya sabes tú que á mí no se me escapa nada. ¿Te acuerdas del nido de jilgueros en el peral grande?

—Calla, hombre, que ya no te pegan esas cosas. ¡Vaya un recuerdo con que sales ahora!.... ¡El demonio del nido!.... Y, ¡válgame Dios cómo se pasa el tiempo! ¡Parece que fué ayer!.... Mira, hablemos del robo de las alhajas.

—Pues oye: si has reparado en Fermín, habrás echado de ver que traía polvo hasta en las cejas, polvo rojizo, del que hay á manta de Dios en la rambla por el *Paso de los gavilanes*. ¿Qué quiere decir cristiano? Quiere decir que la perra los ha llevado al otro lado de la rambla.

—¿Y qué casas hay por allí, Martín?

—Á eso le estoy dando vueltas.... Por allí.... No hay mucho que pensar; á la derecha, siguiendo la senda de los *Cañares*, se encuentra el cortijo de la *Brenca*; á la izquierda, metiéndose en el *Salador*, vamos á caer á la *Olla* de los Jiménez; y de frente, tomando derecho por los atajos, camino de la sierra, se va á la viña del *Ermitaño*.

—Y tú, Martín, ¿qué piensas?

—No sé qué pensar; però echas tú por donde quieras, la casa no está en el pueblo.

—¿Vaya que la perra no da pie con bola?

—Puede; pero Fermín está muy en ello, y es

listo como una centella, y las coge al vuelo. En cuanto á la perra, tiene una nariz que canta en la mano.... Y dime, María: ¿cómo andan los muchachos?

—Bien, hombre, bien. Aurora es orgullosilla; se la ha mimado mucho, y cree que todo se lo merece. Fermín es formalote, no le da mucho el naípe para los requiebros, y ahora, con la trapionda del robo, no piensa en nada. Ellos acabarán por entenderse; para eso nadie necesita maestro.

—¡Ya lo creo que no!.... Tú misma.... ¿Te acuerdas, María?....

—No, Martín, no me acuerdo; no quiero acordarme.... ¿De qué te ríes? El diablo tienes en la memoria esta noche. ¡Y á buena hora!....

—Corriente; pero es el caso que hay que ir pensando en la boda.

—No los corren moros.... ¿Á qué atosigarlos? Déjalos que se traten, que se conozcan. Y ahora ya puedes empezar á meterte en la cama, y no me pienses mañana en esas tempraneras que tomas; estás muy constipado, y es preciso que sudés.

Dicho esto recogió los ovillos, arrinconó las devanaderas, dió al paso una afectuosa palmadita en el hombro de su marido, y se entró en la alcoba, donde encendió la *capuchina*; y de pun-

tillas, para no hacer ruido, penetró en los cuartos de sus hijas, las besó suavemente por no despertarlas, y se volvió á la alcoba. D. Martín acababa de meterse en la cama, y María de la Paz lo arropó. Después rezó, se santiguó, dobló pieza por pieza la ropa colocándola sobre una silla, apagó la capuchina, y se deslizó entre las sábanas, diciendo al acostarse:

—¡Válgame Dios, Martín! ¿No podremos saber qué casa es esa que ha descubierto *Minerva*?

—Sí.... María....: debe ser.... la casa.... de.... de....

No dijo más, porque se quedó dormido.

Poco después la Pacheca hacía lo mismo. En medio del silencio se oían las sosegadas respiraciones del matrimonio, y era cosa de exclamar: ¡Cuán hermosamente duermen las conciencias tranquilas!





CAPÍTULO XVIII.

AL DÍA SIGUIENTE.

CUANDO Marta se despertó á la mañana siguiente, era ya muy de día; la luz iluminaba las junturas de la ventana; *Chucho* aullaba desaforadamente en el parador, vaciando en las grandes tinajas del cobertizo los cántaros de agua que, con ayuda del macho, traía de la fuente. Prisca, remangada hasta los hombros, hacía sonar en un lebrillo inmenso rebosando de agua caliente, todos los cachivaches de la cocina, que, á fuerza de puños, quedaban brillantes como el oro; á la vez que atizaba la lumbre del hogar, que no quería acabar de encenderse. Su lengua tampoco estaba ociosa, pues

unas veces contemplando la cacerola que tenía en las manos, torcía la boca diciendo: «¡Mira qué hermosa te quedas!...: desúñese V. para esto.» Otras veces, viendo rodar un puchero, decía: «Anda, panzón, corre y descrímate.» Otras, en fin, miraba la lumbre sacudiendo la cabeza, y exclamaba: «¿Te querrás tú encender esta mañana? ¡Vaya, pues no echa pocos humos la señora!»

Por lo que hace á Gila, no estaba mano sobre mano; barría el corredor á grandes rasgos, llevando delante una nube de polvo, y de vez en cuando entonaba una copla con mucho retintín, que iba derecha á *Chucho*, y le picaba en lo vivo.

Marta abrió los ojos y se sentó en la cama, sanguiñándose dos veces, una por devoción y otra de asombro: la primera, porque acababa de despertarse, y la segunda, porque era ya muy tarde, y no sabía cómo se le habían pegado las sábanas. Saltó de la cama, y se vistió en un vuelo. Asomó la cabeza al cuarto de Nona, que empezaba á desperezarse, y luego hizo la misma operación en el cuarto de Aurora, que dormía profundamente.

Nuevo asombro: el mantón de lana con que ella misma había abrigado á Aurora, extendiéndolo á los pies de la cama, se hallaba desdoblado y medio caído sobre el respaldo de una silla,

y advirtió también que las zapatillas no estaban en orden, sino una aquí y otra allí, como si hubiesen sido abandonadas precipitadamente.

¡Se habría puesto mala Aurora durante la noche!... ¡Cómo no había llamado!... Se acercó á la cama con ánimo de preguntarle, porque no se le cocía el pan y la masa se le hacía vinagre; pero la encontró tan dormida, que no quiso despertarla, aunque tosió por si hacía la tos que se despertase, y fué en vano, pues por lo visto había caído en el sueño como en un pozo, y no daba señales de vida. Quedóse pensativa, sin acabar de caer en lo que podría significar aquello, y salió de allí dispuesta á emprenderla con la primera que tropezara, y Gila y *Chucho* pagaron el pato, porque ¿qué hora era aquella de escandalizar la casa con cantos y aullidos, cuando el niño Fermín se había retirado muy tarde, por asuntos de mucha importancia, y necesitaba dormir tranquilo sin que lo incomodara el vuelo de una mosca?

Gila y *Chucho* llevaron su correspondiente reprimenda, y también hubo algo para Prisca, pues era desconsideración grande hacer tanto ruido con los cacharros de la cocina, que, ¡vea V.!, caía casi debajo de la habitación en que Fermín se hallaba alojado.

Hecho esto, se fué un pie tras otro á enterar-

se de si Fermín roncaba á pierna suelta; mas ¡cuál no sería su asombro al ver que la luz del día se escapaba por debajo de la puerta! «El demonio, se dijo á sí misma, se ha metido en esta casa.... ¿Vaya que se ha acostado con el balcón abierto? Ciertos son los toros.... Vendría muerto de sueño, y por cerrar el balcón, cerró los ojos, y ahí queda eso. Pero yo vivo aún en el mundo, y entraré sin que lo entienda la tierra, cerraré el balcón á piedra y lodo, y que ronque hasta el día del juicio. No faltaba más sino que una pulmonía nos deshiciese la boda, cuando más falta hace.»

Dicho y hecho: empujó suavemente la puerta, que se abrió sin ruido, y una vez más tuvo que asombrarse. Fermín no dormía, como vulgarmente se dice, á calzón quitado; antes bien, se hallaba fuera de la cama, vestido de pies á cabeza.

—¡Jesús mil veces! (exclamó Marta al verlo.) ¡Tan de mañana! ¡Calla! ¡Y la cama está como si no hubiese dormido en ella ningún cristiano!....

—Volví muy tarde (dijo Fermín); me dejé caer en ese sillón que me esperaba con los brazos abiertos, y he dormido un par de horas.

—¡Qué le parece á V.!.... En el sillón, sin desnudarse....: eso no es dormir como Dios man-

da. Pero del mal el menos, porque todavía se puede echar un sueño.

—No (replicó Fermín); me gusta el aire de la mañana.

—¡Vaya, vaya! (dijo Marta.) Esa cara no es la de todos los días. Bien se ve que no ha pegado los ojos en toda la noche.... Y ahora caigo en la cuenta: *Chucho* se ha dormido como un poste al pie de la escalera, y lo ha tenido en la calle las horas muertas. Es tan animal, que no hay quien pueda sacarle punta.

—No (dijo Fermín): *Chucho* se despertó en cuanto llamé. Además, no todos dormían en la casa.

—¡Milagro! (exclamó Marta); porque esta parece la casa de los siete durmientes. Y ¿quién, quién era la que estaba despierta?

—No sé; pero al volver yo de casa del Juez, en la callejuela del parador tropecé con un bulto que se hallaba al pie de la reja que está sobre la bodega, y dentro de la reja había otro bulto.

—¡No hay más que decir! (exclamó Marta ahuecando la boca.) ¡Esa pícara Gila, no contenta con traer á *Chucho* al retortero, anda también en ventaneos!

—No era Gila, —dijo Fermín.

—¿Cómo que no?—Entonces.... como si lo viera: ese demonio de Prisca, con sus treinta y

cinco años á la cola, es muy capaz de venirse con *noviajos* á media noche. Y vaya V. á ponerle puertas al campo, si á su edad el amor se le ha metido en el cuerpo.

—Marta; tampoco era Prisca la que estaba en la reja.

—¡Ay, niño Fermín! ¿se puede creer que yo, que tengo ya un pie en la sepultura, estuviese en la reja pelando la pava?

—Si así fuese (añadió Fermín sonriendo), sería V. mujer de gusto, porque el galán me pareció de perlas, y tenía todo el aire de personaje de campanillas. Al pasar yo se pegó á la reja, como si quisiera tapar lo que había dentro.

Marta, que no era mujer de morderse la lengua, quedóse muda, con la boca abierta, los ojos parados y el semblante atónito: cualquiera habría dicho que acababa de experimentar el deslumbramiento que causa la repentina luz del relámpago; y como si fuese así, se santiguó, exclamando:

—¡El dulcísimo nombre de Jesús!.... Esto, niño Fermín, es obra del demonio, que no puede estarse quieto.... ¡Virgen Santísima! ¡Ella en la reja.... á media noche!.... ¡Chist!....: que no lo entienda la tierra; porque si su padre llega á saberlo, la mata. ¡Tonta de mí!.... Yo tengo la

culpa.... Las dos duermen, se puede decir, junto á mi cama...., y estos ojos que pudrirán pronto tierra....

Fermín la interrumpió, preguntándole:

—Vamos á ver: ¿cuál de las dos era la de la reja?

Á Marta no se le ocultó la ansiedad con que Fermín hizo la pregunta.

—¡Cuál!.... (exclamó, respirando con fuerza.) ¡Psh.... ¿cuál ha de ser? Me parece que eso se cae de su peso.... No es ningún arco de iglesia, porque al fin, cosas de muchachas; desde nuestra madre Eva, que en paz descanse, todas hemos hecho lo mismo.

—Pero, vamos, ¿cuál es?—insistió el sobrino de Cañizares.

—Cuesta trabajo decirlo; porque aunque es una chiquilla, y se cae de inocentona, no es cosa de darle un cuarto al pregonero, porque al fin es Cañizares y Pacheca por los cuatro costados, y las malas lenguas andan muy sueltas en el mundo.

—Yo no he de ir á decírselo á nadie. Vamos, Marta: ¿es Aurora?

—¡Aurora! (exclamó Marta, llevándose las manos á la cabeza.) No hay que pensar en semejante cosa. ¡Ella! ¡Estando para casarse con el real mozo de su primo! ¡Aunque estuviese

local!.... Me atrevería á poner las manos en el fuego.

—Entonces (dijo Fermín), no cabe duda.... Nona es.... la.... la de la reja.

—¡Por los clavos de Cristo, niño Fermín, que esto no salga de nosotros! : ardería Troya, y sobre mí caerían todas las culpas.... Punto en boca, que yo juro por este puñado de cruces que una y no más, señor San Blas. ¡Qué diría su abuela si viviera!....

Diciendo esto, enjugó sus ojos con la punta del delantal, y salió apresuradamente del cuarto de Fermín, porque había oído en el corredor la voz de Nona. Á pocos pasos, Marta y Nona se encontraron, y la última dijo :

—¡Válgame Dios, Marta, qué cara traes! ¿Estás mala? ¿Por qué madrugas tanto?

—Mas me valiera no haber pegado los ojos en toda la noche. Pero ven.... Vamos al pajar, que ayer debieron poner las gallinas á manta de Dios, y estarán allí los huevos muertos de risa.... Vamos, vamos; que tengo un peso en el corazón, que no me deja vivir.

Nona siguió á Marta, la cual bajó la escalera que iba al parador, y entró en la cuadra, de donde echó á *Chucho* con cajas destempladas; y por unos peldaños de madera tosca, sujetos á la pared, de mayor á menor, en un rincón de la

cuadra, una detrás de otra se encaramaron en el pajar. Una vez arriba, Marta abrazó á Nona, la besó muchas veces, y casi al oído le dijo :

—¡Hija mía! Tú no sabes lo que sucede.

—¿Qué dices, Marta?

—Eso; que el demonio se nos ha metido en la casa.

—¡El demonio! ¡Ave María Purísima! ¿Lo has visto tú?

—Como si lo viera; pero no te asustes, porque el demonio no tiene nada que ver con los ángeles del cielo, como tú eres. ¿Me das palabra de coserte la boca en cuanto oigas lo que voy á decirte?

—Sí, Marta; haré lo que tú me digas; pero habla, habla pronto, porque me tienes en brasas.

—¿Ves este relicario que siempre llevo conmigo?

—Sí,—contestó Nona, besando el relicario.

—Me lo dió tu abuela el día antes de su muerte.

—Ya lo sé,—añadió volviendo á besarlo.

—Pero no sabes lo que tiene dentro.

—No.

—Tiene un papel.... ¿Ves? Así se abre. Este papel está escrito.... Toma, léelo.

Nona sacó el papel contenido dentro del relicario, lo desdobló, y exclamó diciendo :

—¡Es letra de mi abuela!....

—Su letra es; lee lo que dice.

Nona leyó: «Marta, me muero pronto: Dios no quiere que enmiende viviendo el daño que con mi ciego cariño he hecho á Aurora. Cúmplase su voluntad santísima. Á ti te la encomiendo; sé su ángel de la Guarda. Esa niña puede dar muchos disgustos á sus padres; sálvala de sí misma, y oye; mientras tú vivas, no descubras nada de esto á mi hija, que se moriría de pena. Sírvate este relicario de recuerdo continuo de la promesa que me tienes hecha.... Dios os bendiga á todos, como yo os bendigo.»

—Ese escrito (dijo Marta) es la voz de la muerta.

—Sí,—contestó Nona apretando el papel contra su pecho.

—¿Te enteras?

—No quisiera enterarme. ¿Por qué me cuentas estas cosas?

—Porque es preciso que las sepas; porque, hija mía, ¿no sabes tú que Su Divina Majestad sufrió muerte y pasión por salvar á los pecadores?

—Marta.... ¿Quién no sabe eso?

—Pues bien: oye, que ahora entra lo gordo. ¿Querrás creer que tu primo Fermín?....

—¿Mi primo Fermín, qué?....

—Poca cosa, si me apuras; pero ha hecho el

diablo que el niño Fermín coja anoche á la loca de tu hermana hablando por la reja....

—¡Mi hermana hablando por la reja!.... ¿Con quién?

—¡Toma! ¡Toma! ¿ Ahí estamos?... Con ese hombre de Lucifer que nos ha enviado el infierno para la condenación de las almas. ¿ No sabes que tu hermana está dejada de la mano de Dios?

—Por Dios, Marta, no digas esas cosas.

—¡Y mira tú qué pícara! Ha pasado por delante de mi cama sin despertarme. Así, á media noche...., por una reja que no levanta tres palmos del suelo, con ese hombre que hará de las suyas, y tomará soleta con diez mil de á caballo, y si te vi no me acuerdo, y ahí te quedas, mundo amargo. Porque, hija, el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo, y sopla. Así es desde el principio del mundo, y será hasta la consumación de los siglos. ¿ Te parece á ti? Cuando va á casarse, cuando las gentes se hacen lenguas del novio, y todo está en punto de caramelo, y se espera la boda como pan bendito, ¡salir con esta pata de gallo! Si esto se sabe, adiós matrimonio, adiós paz en esta casa.... Tu padre.... tu madre.... las conversaciones de puerta de calle, el retintín de las envidiosas, las chilindrinas.... Te aseguro que se nos ha venido el mundo encima.

—¡Ay, Marta!... ¿Y qué dice mi 'primo?

—Dios aprieta, y no ahoga. Tu primo no sabía á qué carta quedarse.

—¿Cómo?

—¡Claro está!: no sabía si eras tú ó Aurora la que estaba en la reja.... Yo vi el cielo abierto.

—¿Y qué?

—No había remedio: era preciso cortar por lo sano. ¿Cómo dejábamos á esa criatura en el aire?....

—Di, di.

—¿No te enteras? Pues la cosa salta á la vista. Hemos ido á Roma por todo.

—Acaba, Marta, acaba.

—¡Qué torpe estás esta mañana! Oye: el primo cree que tú eres la de la reja.... Ya lo sabes.

—¡Yo!....

—Calla, tonta; ¿á ti qué te importa? ¿Te vas tú á casar con tu primo? Sí que haríais una buena pareja; pero tú no piensas en casorios.

—Pero ¿qué dirá de mí, Dios mío?

—Ni una palabra : su boca será una piedra. ¡Qué ha de decir él, cuando tiene el alma más hermosa que hay en el mundo!

—Sí; pero pensará....

—Tampoco; es hombre, y los hombres no hacen alto en esas cosas como no les toquen muy de cerca. Ahora tú, punto en boca ; deja correr

el mundo, porque lo de anoche, yo te juro que no volverá á suceder. Ellos se *casullarán*, se irán del pueblo, y santas pascuas.

—Esto es muy terrible, Marta.

—Muy terrible, hija mía. ¡Si vieras qué peso tengo yo en el alma!.... ¡Vaya!: no me mires con esos ojazos tan tristes. Esta es tu cruz, y hay que llevarla. ¿No has leído lo que dice tu abuela? Salvemos á Aurora, que yo me muera tranquila. ¿No quieres tú salvar á tu hermana?

Nona, por toda respuesta, cruzó las manos y bajó los ojos.

En esto la voz de María de la Paz se dejó oír en el parador, y Marta dijo :

—¡Tu madre!

Ambas se apresuraron á salir, y en el parador se encontraron con María de la Paz, que, viendo á Nona que quería esconderse detrás de Marta, la llamó, diciéndole :

—Ven acá, hija mía, ven; no te escondas; ya sé que sales del pajar. Mira: ¿ves? Lo que te tengo dicho : el polvo de la paja es muy malo para la vista, y ya tienes los ojos llorosos. Deja á Gila que recoja los huevos de las gallinas, que esa es su obligación.

—¡Vaya, menos sermones! (dijo Marta): si ha ido al pajar, ha ido conmigo.

—¡Ea!: ya tenemos aquí al paño de lágrimas.

Pues oye, acércate, y acaba de tender esta ropa, que hoy van los oficios retrasados. Y tú, hija mía, sube, y con agua bien fresca, lávate esos ojos, que se parecen esta mañana á los de Nuestra Señora de las Angustias.

Nona se dirigió á la escalera, y comenzó á subirla con la frente inclinada, y lenta, muy lentamente, como si el mundo entero pesara sobre su cabeza.



CAPÍTULO XIX.

UNA POR OTRA.

MARTA se había equivocado de medio á medio al decir que los hombres no hacen alto en ciertas cosas de las mujeres, como no les toquen muy de cerca; pues, sin ir más lejos, allí estaba Fermín que daba testimonio de todo lo contrario. Porque es el caso que el futuro marido de la hermosa hija de Cañizares, el novio oficial, auténtico, de la mejor moza del pueblo, que debía casarse de un día á otro, dando ocasión á la boda más ruidosa de aquellas cercanías, daba continuas vueltas en su cabeza al descubrimiento que acababa de hacer. Esta cavilación, mil veces ahuyentada, volvía á cebarse en su imaginación con la tenacidad de la